

LA INDUSTRIA ESPAÑOLA Y LOS HISTORIADORES

Pedro FRAILE BALBÍN

LA fascinación y el entusiasmo de Albert Carreras con la industrialización son contagiosos. Pocos profesionales de la economía histórica combinan el rigor analítico del economista con la intuición del historiador para hacer llegar al lector, incluso al no iniciado, la importancia decisiva y la necesidad de la industrialización en el proceso modernizador de la sociedad española contemporánea. Los trabajos de Albert —que, en cierta medida, resume el artículo que comento— han supuesto para todos nosotros, por lo tanto, no sólo poder disfrutar de los frutos de su inagotable y maratónico *number crunching*, sino el disponer de uno de los mejores marcos interpretativos a partir del cual valorar la experiencia del crecimiento reciente en España.

Aunque sólo de la construcción de sus series se tratase, la aportación de Carreras ha ayudado a cambiar no solamente el método de análisis de la moderna Historia Económica española, sino las mismas preguntas que nos hacemos sobre ella. En este sentido, los índices y tasas de crecimiento de este trabajo son mucho más que una simple visión panorámica. Son, a la vez, una interpretación de ese proceso de industrialización, de sus ritmos y de sus pausas. Y son, sobre todo, una plataforma a partir de la cual hacerse preguntas sobre las condiciones políticas, los marcos sociales y los contextos institucionales en los que la industrialización se acelera o se atasca.

Un atractivo adicional del análisis de Carreras es su facilidad para escapar a los peligros en los que naufragar muchos de los estudios históricos de nuestra industrialización. Podría decirse que, frente a la pobreza analítica con la que con frecuencia se ha enfocado nuestra historia industrial, los errores que Albert *no* comete son casi tan destacables como sus muchos aciertos. En concreto, la trampa del

nacionalismo económico, en la que cae buena parte de nuestra historiografía, ha sido siempre evitada por Carreras con el uso de buen análisis. Por ejemplo, sus ensayos sobre empresas y empresarios señalan no sólo su interés por los agregados contables, sino su atención también a los mecanismos microeconómicos que determinan la marcha de las manufacturas, y sus estudios de la inversión reflejan el énfasis que siempre ha puesto en el análisis positivo del desarrollo.

Desde los tiempos del más veterano regeneracionismo, la historiografía nacionalista ha estado siempre fascinada por la capacidad de generar manufacturas nacionales. Un reciente ensayo de Luis Perdices —*La economía política de la decadencia de Castilla en el siglo xvii* (1996)— pone de manifiesto el origen del industrialismo en los arbitristas de Toledo a principios del siglo xvii, y especialmente a través de figuras como Sancho de Moncada —«las artes son más importantes que los frutos»— que pasarían más tarde el énfasis sobre las manufacturas a los proyectistas del xviii como Ward, Uztáriz o Bernardo de Ulloa, y de éstos a los regeneracionistas del xix. Parece como si la magia o, como lo denomina David Henderson en su *Innocence and Design* (1986), la «intuición tecno-estética» del fuego, las máquinas y los productos fabriles ejerciese un poder especial sobre la atención del historiador mucho más intenso que el que ha sido capaz de suscitar el cultivo de los campos o la generación de servicios.

Es cierto que hay buenas razones económicas —la absorción y difusión de nuevas técnicas, la capacidad de dividir las tareas humanas y cambiar la organización del trabajo, el incremento del producto por persona— para centrar la atención sobre las manufacturas. Pero es innegable también que razones no estrictamente económicas han colocado a la industrialización en el punto de mira de muchos

historiadores hasta convertirla en el camino único de progreso y avance material. De igual manera, la disminución de la actividad manufacturera, e incluso su simple pérdida de posiciones porcentuales en el conjunto de la actividad nacional, dan lugar a serios intentos de calibrar el impacto que el avance de los servicios, a expensas de las manufacturas, tiene sobre la economía. Aparecen, así, curiosos y vagos conceptos como «tejido industrial», cuya definición exacta escapa al economista, pero cuyo poder de evocar lo dinámico y vivo de la industria frente a lo yerto y languideciente de la agricultura y los servicios es evidente; o bien, «economía productiva» que, de la misma manera, sugiere la falta de productividad de todo aquello que no son máquinas, fábricas y manufacturas; o quizá, «sectores clave», de los que la actividad agraria y de servicios están siempre excluidos.

Esta atención preferencial a la industria no es ajena a la herencia historicista de nuestra visión del desarrollo. Desde mediados del siglo xix, la tradición del historicismo económico ha señalado siempre en la dirección de un futuro próspero basado en las manufacturas como motor del progreso. Esta especie de teleología industrial encontraría su manifestación más coherente en todas las teorías de la industrialización por etapas, desde Marx hasta nuestros días, que, de una forma u otra, enmarcan las interpretaciones que todavía hacemos del crecimiento de nuestras fábricas y talleres. El análisis de la marcha hacia el futuro y el progreso se convierte así en el estudio de los ritmos de la industrialización y en la comparación de las velocidades de crecimiento entre agricultura, ganadería, manufacturas y servicios.

No cabe ninguna duda de la utilidad taxonómica de este enfoque. Los análisis *ex-post* de los procesos industrializadores a largo plazo permiten clasificar experiencias e identificar pautas que facilitan las comparaciones nacionales. Pero es, precisamente, en su carácter *nacional* donde muchas de las visiones a largo plazo de los procesos industrializadores encuentran su talón de Aquiles: el protagonista de la industrialización es un país, una na-

ción; en todo caso, en los análisis más detallados, un sector. Las decisiones de invertir en nuevas industrias, adoptar técnicas reductoras de costes, cambiar los sistemas de dirección y organizar la producción fabril no son tomadas por personas, sino, de manera implícita, por una nación. La nación ocupa el lugar protagonista como unidad de análisis y oscurece a los miles de unidades de producción, cada una de ellas con una estructura peculiar de costes, que, ocultas tras los índices agregados, son las auténticas protagonistas de la industrialización. La visión nacionalista de la industria elimina las diferencias entre empresas, entre sus múltiples funciones de costes, sus preferencias, y sus objetivos, y convierte a la nación en una macro-empresa industrial.

Esta *nacionalización* del crecimiento industrial oculta así los auténticos mecanismos y motivaciones del proceso (1), e induce a pensar en un proyecto del que los empresarios están ausentes. Para un economista interesado en las motivaciones y los incentivos de los individuos privados —y sólo por agregación en los de las naciones—, esta visión de la industrialización se convierte en una especie de *Hamlet sin el Príncipe*, en el que el espectador de la obra no acaba de entender el curso del drama, y mucho menos su final. Sin las empresas y los empresarios, y sin un análisis de los motivos que los mueven, las industrializaciones corren el peligro de convertirse en procesos gobernados por fuerzas misteriosas susceptibles de las más variadas interpretaciones.

Una de estas interpretaciones, quizá la más extendida en la historiografía actual española, es la de la industrialización española como el *fracaso* de un intento nacional por superar el atraso secular. El mencionado estudio de Luis Perdices pone de manifiesto la sensación de ruina económica atribuida al fracaso de las manufacturas, cuyo mejor exponente fue Sancho de Moncada: «España rica de frutos y flotas ha empobrecido por no labrarlas» (2). El fracaso industrializador fue una de las ideas básicas del regeneracionismo de fin de siglo, y quedó consagrado por Ramiro de Maeztu en *Hacia otra España* (1899). La misma

intuición formó también una parte importante del ideario económico de Juan Antonio Suances y de casi todos los otros teóricos del franquismo económico, que vieron en el siglo XIX un tiempo perdido, y sirvió de base a la política industrial autárquica e intervencionista puesta en marcha a partir de la Guerra Civil.

La falta de interés por los principales, aunque no únicos, intereses de los empresarios —es decir, la consecución de beneficios— llevó a algunos de nuestros historiadores a considerar un fracaso lo que, en realidad, había sido uno de los mayores éxitos empresariales europeos: conseguir primero la cartelización de las manufacturas españolas tras una poderosa barrera protectora contra la competencia internacional, y lograr después la captura para sus propios fines de una política industrial destinada en principio a romper los estrangulamientos de oferta originados por los propios cárteles. Esta infravaloración de la capacidad empresarial española es sorprendente en vista del consenso de los contemporáneos (Sociedad de Naciones, Heinrich Liepmann) y de los estudios actuales (Giovanni Federico, Antonio Tena) sobre la altura de la protección arancelaria lograda por los empresarios españoles en comparación con la obtenida por sus homólogos europeos. El nacionalismo económico comete de esta manera una manifiesta infravaloración de la auténtica capacidad empresarial (la capacidad de generar beneficios) de los industriales españoles, a quienes se supone, siempre de manera implícita, los protagonistas de una derrota. Esta falta de interés por las motivaciones microeconómicas de las estrategias industriales debe ser, a buen seguro, también, la razón por la que la protección empresarial española de finales del siglo XIX ha sido incluso interpretada como una especie de descuido casual del legislador; es decir, un producto del azar.

Un peligro adicional para el historiador que observa el crecimiento en perspectiva comparada es caer en la tentación de suponer que la convergencia en el ingreso por persona lleva implícita la convergencia también de la producción industrial. Esto estaría basado en la suposición del poder úni-

co de la industria para elevar el producto total por persona, de suerte que para acercarse a los países avanzados en niveles de PIB per cápita sería necesario pasar por un proceso de industrialización paralelo al sufrido por ellos. La experiencia española, como ha sido puesto de manifiesto por Albert Carreras, desmiente esa suposición. La convergencia en niveles de ingreso por persona que se manifiesta entre 1913 y 1935 con respecto a la mayoría de países europeos no se ve acompañada por una convergencia industrial. Más bien al contrario. Una de las mejores aportaciones de Albert es el estudio de los ritmos comparados de industrialización de España e Italia, y el poner de manifiesto cómo a partir de la separación española del mercado internacional en la década de 1890, el índice industrial español cae por detrás del italiano de manera sustancial. Esta pérdida de posiciones industriales españolas se confirma, según la Sociedad de Naciones, no sólo con respecto a Gran Bretaña, sino a *late comers* como Hungría, Suecia, Austria, Checoslovaquia e Italia, que, más integrados en los mercados mundiales, hicieron crecer sus índices industriales más rápidamente que el español. Esta desindustrialización relativa de España durante su avance hacia la protección integral es uno de los temas más fascinantes para el economista de la Historia, y al estar basada en la renuncia al mercado mundial, pienso debería denominarse la fase DISE del crecimiento español, es decir, la desindustrialización (relativa) por sustitución de exportaciones.

En suma, con esta visión panorámica de sus trabajos sobre la industrialización, Albert nos regala no sólo un marco incomparable de referencia, sino un ejemplo de buen análisis económico de la Historia en un campo en el que las querencias nacionalistas aún dificultan el uso de la teoría económica. Desde el punto de vista de un observador en el presente, el principal mensaje de este ensayo es la pesada carga histórica heredada del franquismo y su sistema económico estatista. El desastre económico impuesto por el intervencionismo directo y el afán regulador separó a España de la marcha general hacia la convergencia

européa basada en los rápidos ritmos de crecimiento de la segunda posguerra. No es que los otros países de la Europa occidental siguiesen una política de neutralidad estatal. Por el contrario, todos siguieron estrategias de política industrial activa, con una presencia mucho más patente en casi todos los casos del sector público en la economía que en el caso español. Pero, en todos los casos europeos, esto se hizo preservando el carácter abierto de las economías y procurando no ahogar la competencia hasta los límites en que lo hizo el franquismo. Este lastre pesa todavía sobre la economía española y coarta sus esfuerzos por convertirse en un país normal de Europa.

Otra de las contribuciones netas de Albert en este ensayo es la claridad y la falta de ambigüedad con la que pone de manifiesto la catástrofe proteccionista: «España sólo tenía salvación económica abriéndose decididamente a la economía internacional». De tal manera que, «el empecinamiento hispánico en negar la evidencia nos fue llevando aceleradamente por la pendiente autárquica».

La buena historia económica prevalece.

NOTAS

(1) La *nacionalización* del proceso de industrialización tiene su paralelo en la visión también nacional y global del comercio exterior, y entre ambas forman la base de la inter-

pretación nacionalista del crecimiento. La nación, que no los individuos residentes en ella, se convierte en la protagonista de las compras y ventas con el exterior. Las exportaciones e importaciones del país dejan de ser así la visión acumulada y contable de las transacciones realizadas por los residentes en el país de acuerdo a sus incentivos privados, para convertirse en compras y ventas planeadas y realizadas por un ente mucho mayor, la nación, de acuerdo con sus intereses globales reflejados por la balanza de pagos.

(2) Anticipándose a los rigores del moderno nacionalismo económico, SANCHO DE MONCADA propone en su *Restauración política de España* usar la Inquisición, e incluso la pena de muerte, para proteger a la industria nacional: «El medio eficaz es poner en cada partido de puertos [...] un tribunal de jueces seculares que procedan por vía de inquisición, siguiendo el estilo de la Apostólica de España, contra los que sacaren o entraren cosas prohibidas, afrentando y condenando irremisiblemente a muerte a los culpables».